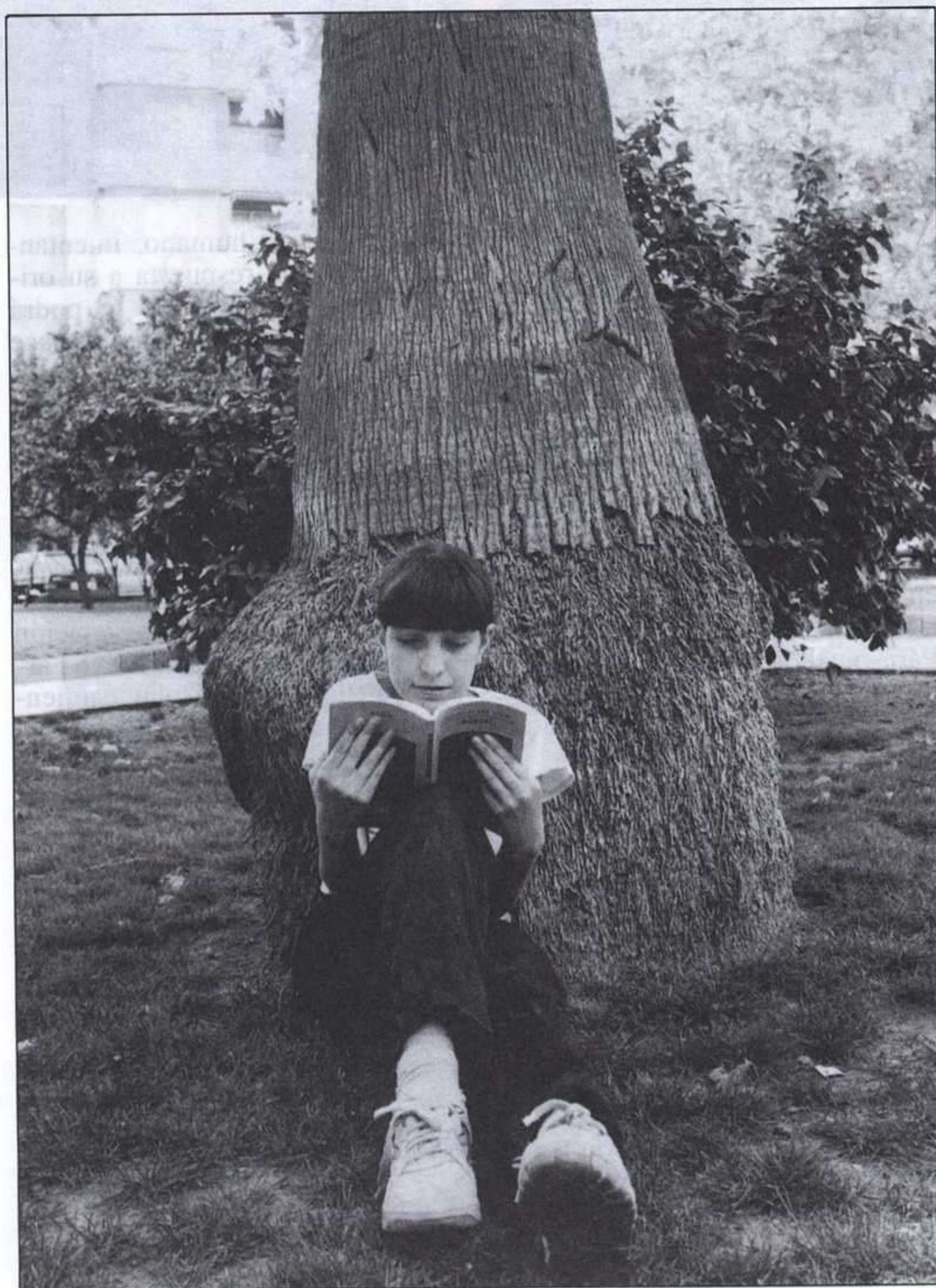


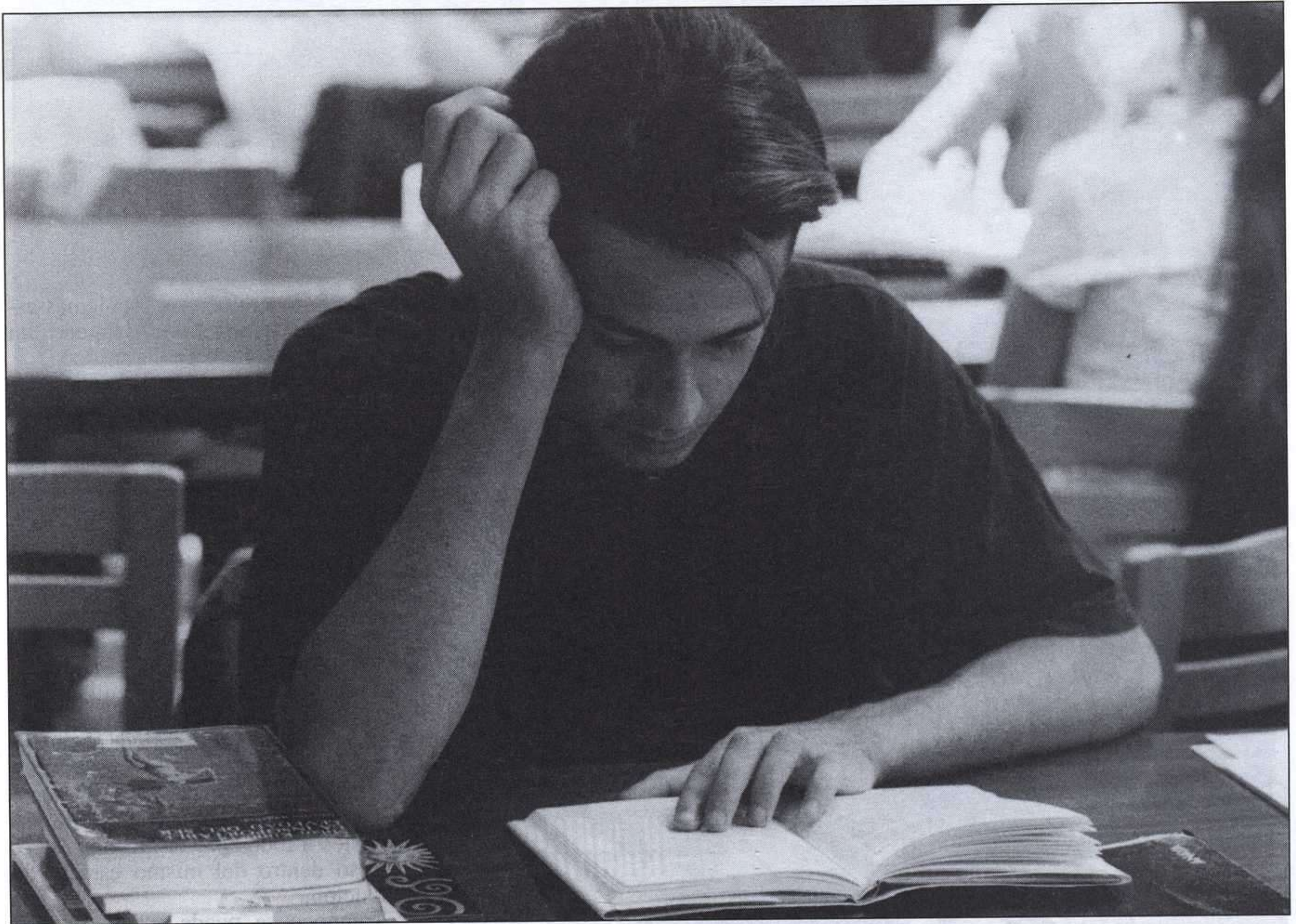
La literatura juvenil a debate

por **Juan Cervera***



ANA PEYRÍ.

En el n.º 72 de CLIJ, correspondiente al pasado mes de mayo, publicábamos una serie de artículos sobre la necesidad o no de que exista una literatura específicamente dirigida a jóvenes, sobre sus características, etc. Iniciábamos así una polémica que pretendíamos que no quedara zanjada con esas opiniones, sino que se ampliara con más aportaciones de todos los sectores implicados. El siguiente artículo, que intenta definir lo que es la LIJ, sus objetivos y su situación en la enseñanza, añade un punto de vista más a este debate de absoluta actualidad.



ANA PEYRÍ.

Confieso que la propuesta de CLIJ de abrir un debate sobre la literatura juvenil, como tantas veces se han organizado debates, o han surgido espontáneamente, sobre la Literatura Infantil, es una idea plausible y necesaria. Es más, hace tiempo que la estábamos deseando y hasta pidiéndola en artículos, conferencias y jornadas.

El debate llega cuando la existencia de la literatura juvenil ya es un hecho editorial significativo en nuestro país. Llega cuando ya existen colecciones, incluso frondosas, que recogen los libros específica y sedicentemente juveniles, que antes aparecían incluidos en otras listas preferentemente infantiles, aunque destacaran su condición de juveniles tímidamente señalizada. Aparece el anuncio del debate cuando todas las previsiones indican que, separados los alumnos de Educación Secundaria de sus compañeros de Primaria y con la prolongación de la escolaridad obligatoria hasta los 16 años, la literatura juvenil seguirá cobrando auge.

Por tanto, como método de trabajo, admitida desde hace tiempo la realidad y necesidad de una literatura infantil y juvenil, en conjunto, distinta de la de adultos, ahora habrá que centrar el debate en torno a la existencia, necesidad y características de una literatura juvenil específicamente distinta de la infantil y de la de adultos en general. Y sería bueno que quienes terciaran en el debate olviden, desde el principio, como definitivamente zanjada, la cuestión acerca de si estas literaturas merecen o no el honor de ser consideradas *literatura*, discusión inútil que tanto tiempo ha hecho perder hasta la aceptación de la literatura infantil. Nosotros partimos de un principio claro: la condición de literatura es prioritaria, independiente de sus calificativos; lo que no sea literatura no entra en el debate.

En busca de una definición

Sin duda alguna en la respuesta a esta pregunta está la clave del proble-

ma. La tendencia a considerar a la literatura juvenil como prolongación de la infantil ha llevado incluso a calcar su definición. Eso sí, con una ligera variación. Si la infantil trata de responder a las necesidades íntimas e inefables del niño, de la juvenil alguien ha dicho que debería responder a las necesidades íntimas del adolescente o del joven y, por ello, tiene que abordar *los problemas específicamente juveniles*. Francisco Cubells no duda en fijar la identidad de la literatura juvenil con esta característica, ya que es «la que aborda la problemática específicamente juvenil o también la de la adolescencia, dada la prolongación que actualmente se da a esa etapa bisagra de la vida».¹

Mimetismos aparte, el planteamiento nos parece peligroso por dos razones. En primer lugar, porque si se acepta que la literatura infantil, en su afán de responder a las necesidades del niño, puede abordar todos los temas, siempre que se adopte el tratamiento debido y que no se pierda de vista su relación con el niño, es evidente que



ANA PEYRI

limitar la juvenil a «los problemas específicamente juveniles» supone un recorte realmente regresivo.²

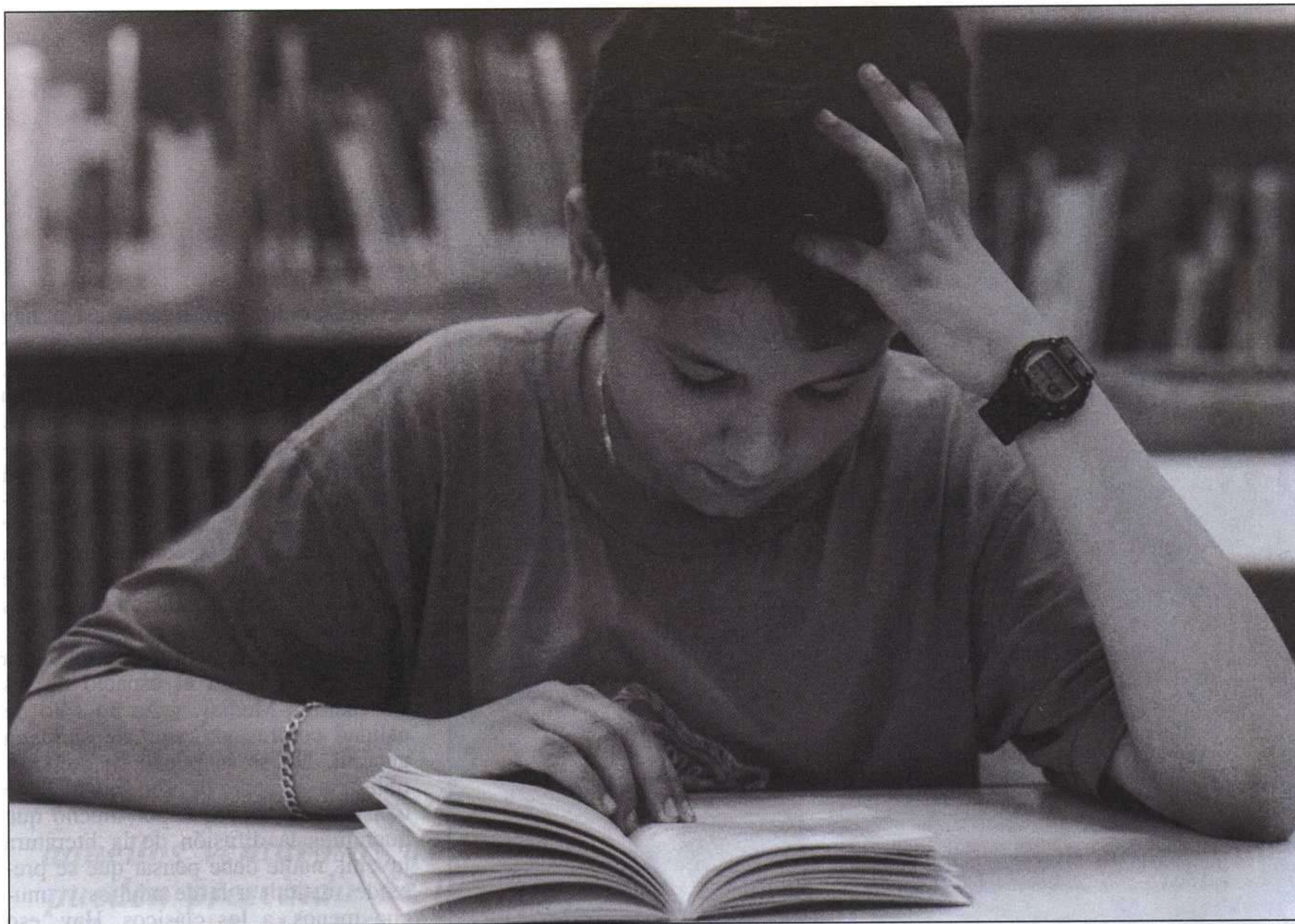
En segundo lugar, porque esta definición de la literatura juvenil no tiene en cuenta el desarrollo del posible lector. Desde el punto de vista psicológico, no se pueden alinear en el mismo plano a todos los sujetos que están en el estado preoperacional, de las operaciones concretas y de las operaciones formales, o sea de los 2 a los 7 años, de los 11 a los 12, o entre los 12 y los 15 años. Ni todos en el mismo barco, cuando se pretendía una sola literatura infantil; ni todos los de 12 a 15 años en otro barco menor, ahora en la literatura juvenil.

Cuando se habla de niños, de adolescentes y de jóvenes, ciertamente hay que concretar bastante, para no medirlos a todos por el mismo rasero. Incluso dentro del mismo estadio de evolución.

Tampoco se puede establecer una frontera rigurosa entre niños y adolescentes, ni entre adolescentes y jóvenes. Con ello no pretendemos abogar por otra clasificación de la literatura, que situaría, entre la de niños y la de jóvenes, la de los adolescentes,³ sino llamar la atención sobre el difícil deslinde que debe conocer el autor y que es imposible colocar teórica y apriorísticamente. El lector, a la vista de los textos, verá cuáles le gustan y cuáles no le gustan, cuáles son los que le convienen.⁴ Y los clasificadores, a la vista de la estadística resultante, establecerán algunos hitos indicativos, ni definitivos ni infalibles. Cualquier niño o joven lector puede romper los esquemas trazados más concienzudamente. Éste es un problema objetivo de la literatura, que se resuelve subjetivamente. Más que establecer fronteras, hay que producir abundantes obras en las que se gradúen las dificultades, para que todos los lectores puedan escoger las que más se les acomoden.

El marco de referencias

Pese a la imprecisión terminológica con que nos expresamos, sería bueno



ANA PEYRI.

que quedaran claras las directrices que pretendemos intuir en el planteamiento. Por ello, hay que señalar otra diferencia. El niño tiene un marco de referencias y de experiencias muy limitado. La fantasía le ayuda a ampliarlo y a completarlo. La literatura infantil tiene, en cuanto a las referencias, función iniciática y, por lo que toca a las experiencias, función vicaria. La literatura infantil, en consecuencia, es autoincidente. El niño no es un hombrecito, un homúnculo, sino un niño y disfruta de su *status* propio, con exigencias educativas pertinentes. Enzo Petrini le reconoce «un espacio vital autónomo en la humanidad».⁵

El adolescente, y muy especialmente el joven, tiene su mundo de referencias más amplio y complejo. Y, aunque la literatura, en este caso juvenil, asuma funciones vicarias en el campo de las experiencias, es lógico que se le amplíe cada vez más el de referencias, como respuesta a la necesidad de abrirse cada vez más a un mundo, el real, en el que tiene que integrarse próximamente. El carácter autoincidente de la literatura infantil cede el paso al carácter propedéutico de la literatura juvenil.

Ceñir la literatura juvenil a los problemas específicamente juveniles equivaldría a mantener al joven en su mundo, ese que tanto le complace cuando se amontona en discotecas, o en los rincones *reservados* para su marcha, concentrados, litrona en mano, en los interminables fines de semana.

Evidentemente, todos los temas deben tener cabida en la literatura juvenil. Pero con proyección al mundo real, que aceptarán, detestarán y, ojalá, se comprometan a cambiar. Pero sin ombliguismos. Desde la imaginación y la lucidez.

Un mundo por investigar

Sobre el particular se ha dicho y escrito repetidamente. Hasta los 11 o 12 años los niños leen bastante, ahora, sobre todo por influencia del profesorado y de los centros educativos. A partir de los 12, la lectura decae sensiblemente. El problema es complejo. Y no hay una sola causa.

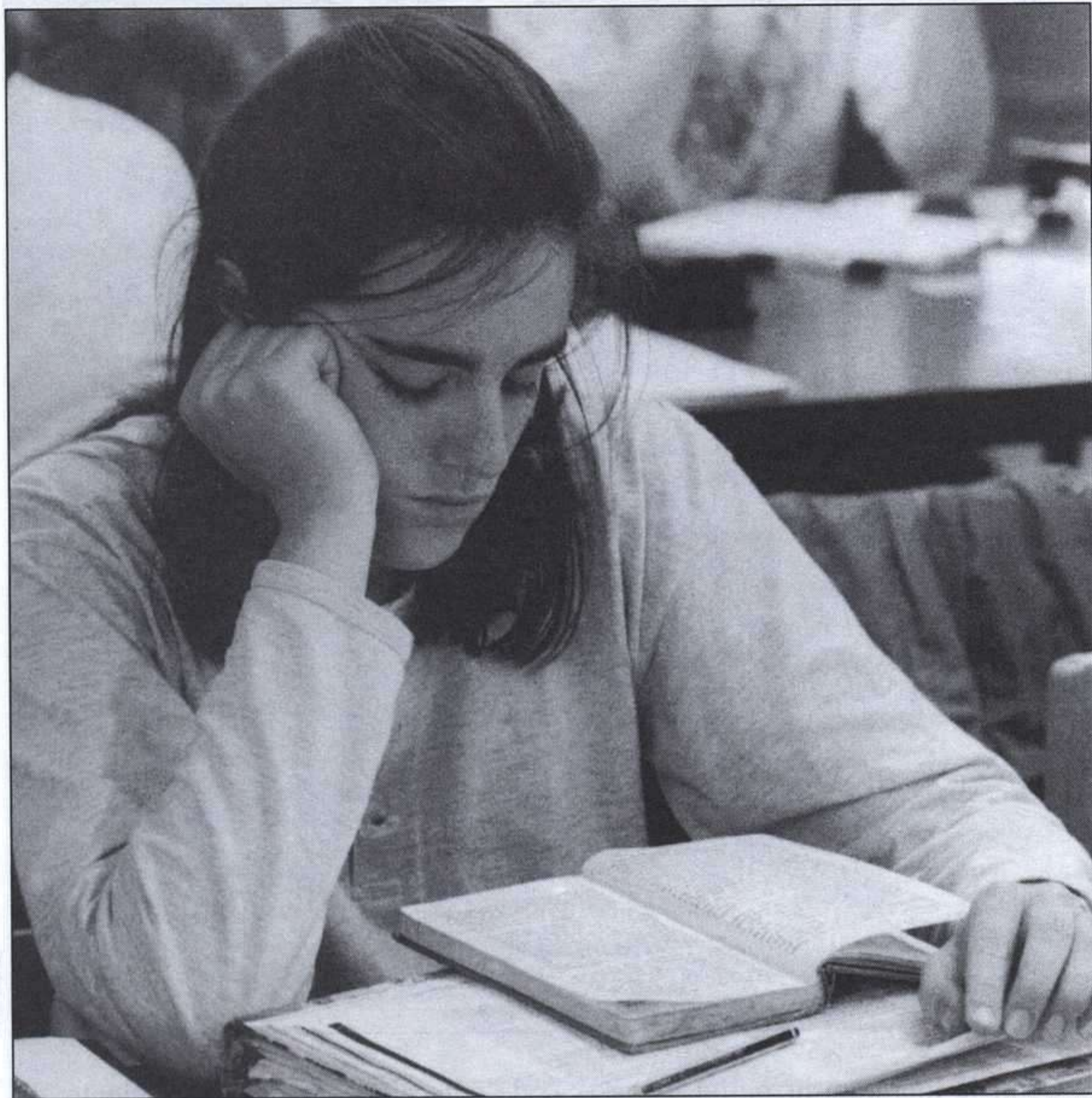
Si el conocimiento de la literatura infantil por parte del profesorado de niños de 3 a 12 años, de los padres, de los profesores universitarios, por parte de autores, editores y directores

de colecciones parece insuficiente, dicho sea sin ánimos de generalizar ni de ofender, el conocimiento de la literatura juvenil, evidentemente, es menor.

El recuerdo de una anécdota personal, sin intención polémica, ilustrará lo dicho. Entre mis alumnos de doctorado he contado con un número significativo de profesores de Instituto. Cuando se ha tratado de escoger tema para su tesis doctoral, sus preferencias se han inclinado por la literatura infantil frente a la literatura juvenil. Parece ilógico, dado que su actividad docente se despliega en el campo de la Educación Secundaria y del Bachillerato. ¿Razón de la preferencia? La literatura infantil está más trabajada, cuenta con más bibliografía, más estudios.

A nadie se le oculta que el día en que la enorme legión de profesores de Literatura de Educación Secundaria y Media tome conciencia de la situación, su potencial humano y científico, puesto a investigar sobre literatura juvenil, dará un vuelco a la situación. Lo deseamos. Pero, por ahora, la situación es la que tenemos.

También los autores están implicados en su aceptación. El autor que



ANA PEYRI.

pretende acertar, además de saber escribir, como es obvio, tiene que darse un baño intenso de conocimientos sobre su futuro receptor, el joven. Receptor más que destinatario.⁶ Pero con dos extensiones sobre lo que pudiera imaginar. Debe conocer también al niño, el de la literatura infantil, aunque no escriba para él. De lo contrario, difícilmente podrá prevenir determinadas reacciones del joven y, sobre todo, del adolescente. Y debe conocer a éstos, no sólo en los ámbitos que lo caracterizan tópicamente —discotecas, rincones de movida—, sino en toda su amplitud, en su vida ordinaria, en su medio estudiantil o laboral, en sus otras diversiones o deportes, en sus opiniones sobre el mundo y las cosas, en su problemática menos manida, pero no menos real. Y, por supuesto, situarlo todo en la perspectiva del ancho mundo.

¿Será suficiente todo esto para conseguir lectores juveniles? Cuantos nos formulamos preguntas similares siempre acabamos citando nostálgicamente *El club de los poetas muertos*. Pero, ¿hacemos algo para conseguir su ambiente? Y, en respuesta, tenemos que

volver la vista atrás y contemplar al niño desde su Educación Infantil y Primaria. ¿Les proporcionan los centros, desde su primera escolarización, la posibilidad de practicar la dramatización, de valorar la poesía y la canción, la ocasión de jugar con la palabra, la oportunidad de admirar e interpretar teatro, la participación en un cinefórum? ¿Se prolonga todo ello en la Educación Secundaria y en el Bachillerato? Tal vez aquí se esconden innumerables sugerencias para vitalizar la didáctica de la Lengua y la Literatura.

Y no hacemos ningún catálogo de los peligros que acechan a la propia literatura juvenil.⁷ Como los derivados del reclutamiento de autores. O la amenaza que comparten la literatura infantil y la literatura juvenil de verse acreditadas más por el consumo, que por la calidad.

El debate es absolutamente necesario. Y el estudio subsiguiente, también. Cabe suponer que el debate trascenderá a través de publicaciones periódicas, jornadas y simposios. Pero el estudio corresponde a los ámbitos universitarios: cursos ordinarios, cursos

de doctorado, investigación. No hay que olvidar que, respecto a la literatura juvenil, está todo esto por hacer. Y urge, en beneficio de la literatura juvenil, que debe acreditarse por su calidad en un terreno que no le es especialmente favorable. En efecto, tal vez no se ha reparado en que la literatura juvenil va a tener que competir —desplazándola o conviviendo con ella— con la literatura de adultos, de probada calidad y tradición. Y ésta es la piedra de toque.

La literatura de adultos, hasta ahora única inquilina en el espacio de las Enseñanzas Medias, goza no sólo de calidad contrastada, sino de simpatía general. No se la puede sustituir, ni obligarla a convivir con novelas de consumo. Conste que por mucho que queramos la difusión de la literatura juvenil, nadie debe pensar que se pretende sustituir a la de adultos y, mucho menos, a los clásicos. Hay, eso sí, un cambio de mentalidad que se pide para la educación literaria y para la educación, a secas, del adolescente y del joven, que obliga a buscarle un sitio a la literatura juvenil. De ahí la primera exigencia de calidad que han defendido todos los que a su vez defienden la literatura juvenil. No tener en cuenta esto sería rendir una vez más tributo a la trivialización, tan ávida de invadirnos por todas partes. ■

* Juan Cervera es catedrático de Didáctica de Lengua y Literatura, perfil Literatura Infantil, en la Universidad de Valencia.

Notas

1. Cubells, F. (1989): «Por una literatura auténticamente juvenil», en Ortega, E.: *100 Gran Angular*, Madrid: SM, p. 16.
2. Cervera, J. (1991): *Teoría de la Literatura Infantil*, Bilbao: Mensajero, pp. 266 y 323.
3. Cervera, J. (1991): *Op. cit.*, p. 255.
4. Cervera, J. (1984): *La literatura infantil en la educación básica*, Madrid: Cincel, p. 53: «Debe tenerse en cuenta que la adecuación entre las etapas de evolución del niño y el cuadro de cuentos o lecturas correspondientes, en principio se basó en procedimientos empíricos, entre los cuales hay uno fundamental: la observación del gusto de los niños».
5. Citado por Cibaldi, A. (1983): *Storia della letteratura per l'infanzia e l'adolescenza*, Brescia: La Scuola, p. 32.
6. Cervera, J. (1991): *Op. cit.*, pp. 11-13.
7. Emilio Teixidor, conocedor del tema, ha apuntado algunos en «Literatura juvenil: las reglas del juego» (*CLIJ*, 72, mayo 1995).